

La epopeya de la clausura

Los venenos de madame du Deffand

Christopher Domínguez Michael



Madame du Deffand



Horace Walpole

Roberto Calasso afirma en *La ruina de Kasch* (1983) que la gran conversación francesa terminó cuando Napoleón dispuso que marido y mujer se presentaran juntos en sociedad. Bonaparte y su código civil clausuraban así ese mundo adúltero tan característico del siglo XVIII. Juntos, marido y mujer, se anulaban. Ellos trasladaron sus orgías a los pabellones de caza y ellas renunciaron al arte de la conversación. Hacia 1780 era una excentricidad no tener amante. Y más extraños aun eran los cónyuges que se amaban.

Marie de Vichy-Chamrond, después marquesa du Deffand, nació el 25 de septiembre de 1692, poco antes de que nuestra Sor Juana muriese en la Nueva España. Murió en 1780, dos días después de su cumpleaños. Su larga vida es la del Siglo de las Luces y sus célebres tertulias ami-

noran el efecto de una centuria cegada por la razón.

Circula entre nosotros *Madame du Deffand y su mundo* (1982), de Benedetta Craveri, hija del filósofo Croce, estudiosa del XVIII en el hexámetro. Más que de una biografía, se trata de una antología comentada de la ingente cantidad de correspondencia dejada por aquella dama, quien se distinguió por las miles de cartas escritas y remitidas: la literatura epistolar era el único género artístico donde una mujer dieciochesca de la alta sociedad podía desarrollarse hasta sus últimas consecuencias. Por alguna razón cuya discusión a ciertas feministas las descompone, entre estas mujeres privilegiadas no hubo grandes compositoras (nunca las ha habido) ni grandes pintoras aunque sí grandes escritoras como la novelista Jane Austen y las poste-

riores hermanas Brontë o esa intelectual de primer orden que fue madame de Staël. Tan cerca de esas damas estaba un clavecín y un lienzo que las plumas, el tintero y el papel. Pero las cartas de madame du Deffand son tan sublimes o patéticas como los quintetos de Luigi Boccherini o la pintura de Louis David.

El estilo es veneno en madame du Deffand. Dadme una palabra y destruiré una reputación, dicen que dijo Richelieu. Nuestra cortesana aplicó esa sentencia una y otra vez. Antes de que el Terror dispusiese de las testas coronadas de Luis y María Antonieta, señoras como la du Deffand ya habían ejecutado a cientos bajo la guillotina del ingenio.

Marie de Vichy casó joven, como se estilaba y, como se estilaba también, pronto perdió de vista al marido que le dio su

aristocrático apellido. Ella misma provenía de una de las más añosas casas de la nobleza. La fama de libertina refrescó su juventud. A tiempo decidió cambiar el comercio carnal por la esgrima de las palabras.

En esos días los aristócratas cultivaban las plantas venenosas de la inteligencia en sus salones. Cada señora reclutaba sus propios “filósofos”, profesión equivalente a la nuestra de “intelectuales”, y los promovía en su nombre ante la Corte, la Academia o la Comedia. A cambio, los letrados se convertían en caballeros de su dama, a veces platónicos al estilo provenzal, a veces amantes. No importaba que fueran plebeyos: lo era D’Alembert y gozó de la protección de madame du Deffand, a quien traicionó al caer en los brazos de su sobrina bastarda, Julie de Lespinasse, conminándola a abandonar a su tía y poner, como lo hizo, salón propio.

Madame du Deffand era fea. Quedó ciega a los sesenta años. Ello no obstó para que, promediando esa edad, se enamorara del novelista inglés Horace Walpole, más joven y a quien es muy probable que alcanzara a divisar tras la cortina de sus ca-

taratas. Acaso fue su único amor. Perdió el estilo por el autor de *El castillo de Otranto* y vivía esperando, con patética y senil impaciencia, las cartas de un fingidor, que la amaba por cálculo y, al final, por misericordia.

La amistad con Voltaire coronó a madame du Deffand. Craveri recorre esa relación a través de buena parte de las 600 cartas que se conservaron. El solitario de Ferney —que de solitario nada tenía— necesitaba de los chismes de madame du Deffand como el pez del agua, pues gracias a ella podía desplazarse desde lejos en la vida política y literaria de París. Auténtica traficante de información, du Deffand exigía todos los honores de parte de sus correspondientes. Y Voltaire, un tipo nuevo de intelectual, cada día menos dependiente de la Corte y sus acertijos, acabó por hartarse de ella, por lo que la ridiculizó a sus espaldas. Y la vieja, resentida, castigó al filósofo con una condena propia de su temperamento. Al sobrevivirlo, ella se negó a redactar una gran carta fúnebre en honor de Voltaire.

Pero quien piense que madame du Deffand fue feliz, se equivoca. Pocas per-

sonas han dejado testimonio explícito de tanto aburrimiento. Marie de Vichy endiosó al tedio, rindiéndole culto y exorcizándolo con la rutina, que ya se sabe que es el único remedio posible. Cenaba todos los días a las seis y al despedir a sus invitados, consagraba el dilatado insomnio a la reunión del día siguiente.

Madame du Deffand inventó, inclusive, la disposición de los muebles del salón comedor tal cual la conocemos, más o menos, hasta la fecha. Entre sus frases célebres, abundantísimas, se cuenta una: “la cena es uno de los cuatro fines del hombre; he olvidado los otros tres”.

Por su sangre, la de madame du Deffand, fluía la estirpe de aquellas damas envenenadoras registrada por Augustin Thierry en los *Relatos de los tiempos merovingios*. La du Deffand cambió el puñal envenenado por los no menos letales tóxicos del *bon mot*. Quien tenga el valor de conocer a esta “bella dama sin piedad”, recordando el poema de Rosario Castellanos, lea *Madame du Deffand y su mundo*, de Benedetta Craveri. Y no olvide que siempre es más fácil entrar que salir de un salón. [1994] **u**

